

«**P**oco antes de abandonar Luanda unos amigos americanos me invitaron a un restaurante del mercado negro. Comimos fuera. Todos los comensales daban más o menos la impresión de ganarse también el sustento con el estraperlo. Me encontraba sentado de espaldas a la barandilla. Así que no había reparado en absoluto en que detrás de nosotros se habían congregado algunas personas que trataban de pescar la comida de nuestros platos. Inmediatamente la dirección del local envió afuera a un *gorila* que derribó de un golpe a una anciana y echó a empujones al gentío, compuesto en su mayor parte por mujeres y niños. Algunos de ellos se fueron mientras que otros se quedaron mirando fijamente y en silencio nuestra comida a una distancia prudencial».

«Aquí en Beirut hay refugiados tendidos en todas los escalones y uno tiene la impresión de que no levantarían la vista ni aunque sucediera un milagro en medio de la plaza; tan seguros están de que no sucederá ninguno. Se les podría decir que más allá del Líbano hay un país que los acogerá y entonces ellos reunirían sus pertenencias sin fe ninguna. Su vida es solo una ilusión, algo ficticio, una espera sin esperanza, ya no sienten ningún apego por ella; solo la vida continúa adherida a ellos como un espectro, como un animal invisible y famélico que los arrastra por las calles tiroteadas, noche y día, bajo el sol y la lluvia; respira en los niños dormidos que yacen sobre los escombros con la cabeza entre los bracitos consumidos, acurrucados como embriones en el seno materno, como si quisieran retornar a él».

«Así pues, la guerra civil continúa causando estragos en El Salvador ya desde hace años y no se vislumbra la paz por ninguna parte. Una y otra vez parecía que el gobierno había alcanzado una victoria decisiva; sin embargo, una y otra vez los rebeldes salían de sus escondrijos y hoy en día apenas son más débiles que antes. No hay que olvidar que su jefatura contaba al principio tan solo con unos 8.000 seguidores; hoy en día sus adeptos se calculan en unos 20.000 y ello a pesar de sus considerables pérdidas».

«Lo terrible en este lugar situado al norte de Sri Lanka no es que alguien te puede asaltar, si bien al menos no durante el día; sino la certeza de que gente de nuestra condición expuesta de repente a esta vida se hundiría en tres días. También esta vida, se intuye claramente, posee sus propias leyes; conocerlas nos llevaría años. Un vehículo con policías; de repente se dispersan, otros se quedan parados y sonrían irónicamente, les miro y no tengo ni idea de lo que está sucediendo. Cargan a cuatro muchachos y a tres muchachas en el vehículo; estos se acurrucan junto a otros que ya han sido detenidos en otro lugar, indiferentes, impenetrables. Los policías llevan cascos y ametralladoras, es decir, el poder, pero uno tiene la sensación de que no tienen ni idea. En el periódico hay una columna dedicada a los asaltos cotidianos; sucede que encuentran un cadáver desnudo y los asesinos pertenecen siempre al bando contrario. Hay barrios enteros sin una sola luz. Montañas de ladrillos, debajo los cadáveres sepultados, arriba las estrellas brillantes; lo único que allí se mueve son las ratas».

Crónicas del Tercer Mundo como las que podemos leer cada día durante el desayuno. Lo único es que las ubicaciones han sido falseadas. Y es que los escenarios de los que se habla no son ni Luanda ni Beirut, ni San Salvador ni Trincomalee, sino Roma y Frankfurt am Main, Berlín y Atenas. Cuarenta y cinco años justos nos separan de las circunstancias que nos hemos acostumbrado a considerar como propias de África, Asia o Latinoamérica.

Al final de la Segunda Guerra Mundial Europa no era solo materialmente un montón de ruinas; también su bancarrota política

y moral era absoluta. Y los alemanes, los vencidos, no eran los únicos que se encontraban en una situación desesperada. Cuando Edmund Wilson llegó a Londres en julio de 1945 halló a los ingleses en un estado de depresión colectiva. La ciudad se encontraba sumida en una atmósfera que le recordó a la desolación moscovita:

«¡Qué vacío, qué enfermo, qué absurdo se ha tornado todo de repente al finalizar la guerra! Ahora que ya no tenemos ningún enemigo que nos pueda distraer nos vemos arrojados de vuelta a nuestra miserable y humillante existencia. Como empleamos todas nuestras fuerzas en la destrucción, no pudimos construir nada en casa y ahora retornamos a un mundo en ruinas».

Nadie se atrevía a creer que aquel continente arrasado pudiera tener aún un futuro ante sí. En lo que se refería a Europa, la historia parecía haber llegado a su fin con un abrumador acto de autodestrucción que los alemanes habían urdido y llevado a cabo con obstinada energía:

«Así es», anotaba Max Frisch en la primavera de 1946, «la hierba que crece en las casas, el diente de león en las iglesias, y de repente uno se puede imaginar cómo todo sigue creciendo, cómo una selva va cubriendo nuestras ciudades, lenta, inexorablemente, un avance desprovisto de seres humanos, un silencio de cardos y musgo, una Tierra sin historia, y entre medias el gorjeo de los pájaros, la primavera, el verano y el otoño, el aliento de los años que ya nadie lleva en cuenta...».

Si por aquel entonces alguien hubiera profetizado a los habitantes trogloditas de Dresden o de Varsovia un futuro como el del año 1990 lo hubieran tomado por loco. Pero igualmente unimaginable les resulta su propio pasado a los contemporáneos. Los que lo vivieron hace ya mucho tiempo que lo suprimieron de su memoria y lo olvidaron, y los que han nacido después carecen tanto de la fantasía como de los conocimientos que serían necesarios para representarse aquellos tiempos lejanos. De hecho es difícil, y según pasan los años resulta aún más difícil hacerse una idea del estado de nuestro continente al final de la Segunda Guerra Mundial. Los narradores, aparte de algunas excepciones como Böll, Primo Levi,

Hans Werner Richter, Louis-Ferdinand Céline y Curzio Malaparte, capitularon ante este tema; la así llamada *Trümmerliteratur*¹ apenas ha dado frutos más allá de su denominación.

Algunos viejos noticiarios muestran monótonas imágenes de ruinas; el sonido se compone de frases huecas; no proporcionan ninguna información sobre el estado anímico de los hombres y mujeres que caminan por aquellas ciudades arrasadas. La literatura de memorias posterior carece de credibilidad. Y ello no solo tiene que ver con la tendencia a la estilización que se da tan frecuentemente en el género autobiográfico. Tampoco se debe a que los autores tienden normalmente a la autojustificación o a la autoinculpación. Lo que más pesa es otra objeción que no apunta a la honestidad del autor, sino a su perspectiva. En la visión retrospectiva se pierde precisamente aquello que aquí nos ocupa: la contemporaneidad del observador con aquello que ve. En consecuencia, las mejores fuentes serían los testimonios oculares de los coetáneos.

Aquel que los estudie vivirá, sin duda alguna, una experiencia singular. Porque el signo de la época de posguerra es una ignorancia característica, un estrechamiento del horizonte que se produce de forma inevitable bajo condiciones extremas de vida. En el mejor de los casos se trata simple y llanamente de un desconocimiento del mundo que se explica fácilmente por el aislamiento sufrido durante años. John Gunther nos habla de un joven soldado de Varsovia con el que mantuvo una conversación en una tarde de verano de 1948:

«Era muy objetivo y sensato. Sabía exactamente lo que Polonia y él mismo habían sufrido. Por el contrario, ignoraba por completo todo lo que se refería al mundo exterior. Nunca había visto a un americano. Así que quería saber si también Nueva York, al igual que Varsovia, había quedado *kaputt*».

¹ *Trümmerliteratur* es la «literatura de los escombros» que se publicó en Alemania después de 1945 y que describe un mundo hecho añicos por la guerra. Algunos de sus representantes más célebres son Heinrich Böll, Erich Kästner o Paul Celan, entre muchos otros. (Todas las notas son de la traductora).

En otros lugares se miraba a los americanos con el mismo asombro que si fueran marcianos, y todo lo que traían consigo despertaba una veneración que recuerda a los cultos cargo de la Polinesia.² En general, la psicología europea de aquellos años produce actitudes como las que se pueden encontrar en el Tercer Mundo. Aquel que solo piensa en la próxima comida, aquel que se ve obligado a construirse un techo con tablones y clavos, carece habitualmente de las ganas y la energía necesarias para emanciparse y convertirse en un coetáneo bien informado. A esto se une la falta de libertad de movimientos que imperaba por aquel entonces. Millones de personas andaban errantes por el mundo, pero tan solo para salvar el pellejo. Los viajes, en el sentido convencional de la palabra, no eran posibles.

No obstante, el hecho de que las fuentes den tan poco de sí no solo se debe a causas externas. Durante los primeros años de posguerra salieron a la luz por todas partes las consecuencias tardías de la dictadura fascista. Esto vale sobre todo para Alemania, aunque también se puede observar en otros lugares (colaboracionistas había en todos los países ocupados). Por eso precisamente, los afectados son los peores testigos. Se atrincheran tras una amnesia colectiva. La realidad no solo es ignorada, sino simple y llanamente negada. Con una mezcla de letargo, obstinación y autocompasión, los seres humanos retroceden a una especie de segunda minoría de edad. Aquel que se da de bruces por primera vez con este síndrome se echa las manos a la cabeza; cree que tiene que ver con una forma de *moral insanity*. Irritada, incluso consternada reacciona la periodista americana Martha Gellhorn ante las manifestaciones de sus interlocutores alemanes cuando llega a Renania en abril de 1945:

«Nadie es un nazi. Nadie lo ha sido jamás. Tal vez había un par de nazis en el pueblo de al lado y sí, es cierto, esa ciudad a 20 kilómetros de aquí era un verdadero nido del nacionalsocialismo.

² Los cultos cargo son un conjunto de movimientos religiosos que aparecieron entre varias tribus de Australia y la Melanesia a raíz de su contacto con el mundo occidental. Este culto consiste en la creencia de que las manufacturas occidentales —el *cargo*— que llegaron a las islas eran creaciones divinas hechas para el beneficio de los nativos.

Para decir verdad, en total confianza, aquí había una gran cantidad de comunistas. Nosotros siempre tuvimos fama de ser unos rojos. ¡Oh! ¿Los judíos? Bueno, en realidad por aquí no había muchos judíos. Tal vez dos, o quizás incluso seis. Se los llevaron. Durante seis semanas tuve escondido en mi casa a un judío. Yo oculté a un judío durante ocho semanas. (Yo oculté a un judío, él ocultó a un judío, todo Cristo ha escondido a judíos). No tenemos nada en contra de los judíos; siempre nos hemos llevado bien con ellos. Los nazis son unos canallas. Estábamos hasta las narices de ese gobierno. Ay, cómo hemos sufrido. Las bombas. Hemos pasado semanas enteras en el sótano. Los americanos son bienvenidos. No les tenemos miedo; no tenemos ninguna razón para sentir miedo. No hemos hecho nada malo; no somos nazis.

Deberían poner música a estas palabras. Entonces los alemanes podrían cantar ese estribillo y sonaría aún mejor. Todos hablan así. Uno se pregunta cómo es posible que ese detestable gobierno nazi, al que nadie apoyaba, fuera capaz de mantener esta guerra durante cinco años y medio. Según lo que ellos nos cuentan, en Alemania ningún hombre, ninguna mujer y ningún niño vio con buenos ojos ni siquiera por un instante la guerra. Nos quedamos con una expresión de desconcierto y de desprecio en nuestros rostros y escuchamos esta historia sin benevolencia y ciertamente sin ningún respeto. Un pueblo entero que declina toda responsabilidad no constituye una visión edificante».

Dos años más tarde, otra observadora extranjera llega a unas conclusiones similares:

«La nueva Alemania está enemistada con todo el mundo y parece, curiosamente, muy satisfecha consigo misma. Mientras se entregan a las lamentaciones por el hambre que han pasado, las viviendas que han perdido y otras penalidades, los alemanes no demuestran ningún interés especial o compasión alguna por el sufrimiento y las pérdidas que han ocasionado a otros, sino que por el contrario esperan limosnas de los países que pretendían destruir; limosnas que, dicho sea de paso, son aceptadas normalmente con más recelo que agradecimiento. La expresión al uso más frecuente en Berlín es: *Damals war Krieg, aber jetzt ist*

Frieden.³ Esta enigmática expresión significa, libremente traducida, que la gente no se siente responsable de la guerra, a la cual consideran una historia lejana, y que echan la culpa de las penurias y la confusión de la paz a los Aliados. El nombre de Hitler no se pronuncia jamás. Solo se dice vagamente: *Früher war es besser*,⁴ es decir, bajo Hitler. Solo unos pocos alemanes parecen acordarse todavía de las palabras que algunos clarividentes pronunciaron al comienzo de los ataques de 1940: *Geniesst den Krieg! Der Frieden wird fürchterlich*.⁵ Y así es».

Hasta aquí el estado de conciencia de la población alemana. No menos ofuscados estaban otros europeos. John Gunther relata:

«Le pregunté a un responsable político griego cuál pensaba que sería la solución de los problemas y me contestó con una sola palabra: “guerra”. De hecho muchos conservadores griegos tienen la sensación de que ya solo una guerra abierta entre los Estados Unidos y la Unión Soviética podría salvarlos; aunque suene terrible les vendría bien y no lo disimulan. Le pregunté a mi amigo: “Pero entonces, ¿usted cree que habrá guerra?” Contestó: “En Europa reina la anarquía. 100 millones de personas están esclavizadas. Tiene que haber una guerra o lo perderemos todo”».

Quien se quiera dedicar a estudiar los artículos de opinión publicados, con la esperanza de que le proporcionen una visión más nítida de la situación en la Europa de aquel entonces, sufrirá otras decepciones. Apenas hallará juicios sobrios, análisis inteligentes, reportajes convincentes en las columnas de los periódicos y revistas de los años 1945 a 1948. Esto no es solo debido a las restricciones de las fuerzas de ocupación. Mucho más intensamente se hace sentir la disposición intelectual de los periodistas, su autocensura interior. También en este ámbito los alemanes han hecho gala de una gran maestría. A grandes rasgos los intelectuales se refugiaron en la abstracción, en lugar de constatar con sangre fría lo que había sucedido. En vano buscaremos los grandes reportajes. En cambio encontraremos, junto a disquisiciones filosóficas sobre el tema de

³ «Antes estábamos en guerra, ahora reina la paz».

⁴ «Antes nos iba mejor».

⁵ «¡Gozad de la guerra! ¡La paz será terrible!».

la culpa colectiva, interminables evocaciones de la tradición occidental. Es curioso constatar la frecuencia con la que se menciona a Goethe o se habla del humanismo, de la *Seinsvergessenheit*⁶ y de los «pensamientos de la libertad». Uno tiene la impresión de que ese idealismo desvaído es tan solo otra forma de inconsciencia. Evidentemente, no solo había quedado devastado el entorno físico, sino también la capacidad de percepción. Toda Europa estaba, por así decirlo, como si le hubieran propinado «un porrazo en la cabeza».

Por todas estas razones, no podemos contar con los afectados, dado su grado de consternación. Así pues, quien quiera hacerse una idea, aunque solo sea relativamente acertada, de las circunstancias inmediatamente posteriores a la guerra, debe recurrir a otras fuentes. Existen muchas razones para pensar que la mirada del *outsider* es la que nos proporciona la transmisión más segura. Las impresiones más lúcidas nos han llegado de la mano de los autores que siguieron a los ejércitos vencedores de los Aliados. Entre ellos destacan los mejores reporteros de América, periodistas como Janet Flanner y Martha Gellhorn y escritores como Edmund Wilson y Norman Lewis, que no tenían a menos trabajar para la prensa. Todos ellos se sitúan en la gran tradición anglosajona del reportaje literario, que no tiene parangón alguno hasta hoy entre los europeos continentales. A esto se añaden fuentes que se deben más bien al azar, como el informe interno de un redactor americano que trabajaba para los servicios secretos estadounidenses, o los apuntes de emigrantes que intentaron retornar al Viejo Mundo. Más tarde también se pusieron en camino autores de países que se habían librado de la guerra, como el suizo Max Frisch y el novelista sueco Stig Dagerman.

Todos tienen en común que provenían de un mundo similar al nuestro: ordenado, normal, caracterizado por las miles de obviedades de una sociedad civil en funcionamiento. Por eso mismo tanto más intenso fue el choque que les produjo el desastre europeo. No

⁶ *Seinsvergessenheit* (olvido del ser) o *Seinsverlassenheit* (abandono del ser) es un término del filósofo Martin Heidegger con el que este se refiere a diferentes aspectos de la metafísica, la ciencia y la filosofía occidentales.

daban crédito a sus ojos ante las escenas brutales y excéntricas, espantosas y conmovedoras que contemplaron en París y Nápoles, en las aldeas de Creta y en las catacumbas de Varsovia. Esta mirada ajena es la que nos puede hacer comprender de la mejor de las maneras lo que entonces estaba sucediendo; porque no se atiene a las reglas gramaticales de la ideología, sino al detalle elocuente. Mientras las editoriales y los escritos polémicos de aquellos años nos parecen extrañamente anquilosados, estos testimonios oculares siguen desprendiendo frescura.

Los especialistas de la percepción demuestran más fuerza allá donde menos generalizan, donde no censuran las contradicciones insólitas del mundo caótico en el que se mueven sino que las dejan estar. Así, Max Frisch cierra las notas sobre Berlín anteriormente citadas con una observación lacónica que hace enmudecer a todas las disquisiciones de la crítica cultural:

«Montañas de ladrillos, debajo los cadáveres sepultados, encima las estrellas brillantes; lo único que se mueve allí son las ratas... Por la noche a ver *Ifigenia*».

En general los textos de estos espectadores desprenden una sorprendente intuición. En las capitales de las potencias vencedoras estaban trabajando por aquel entonces numerosas planas mayores de políticos, economistas y sociólogos cuyo objetivo era hacer predicciones sobre la futura evolución de Europa. Es asombroso constatar que los informes de los mejores reporteros que estaban recorriendo por su cuenta y riesgo el continente y que confiaban meramente en sus ojos y oídos, superan con creces los análisis de todos esos especialistas.

Esto ya se hace patente en el primer reportaje de este libro. Lleva fecha de julio de 1944, así que procede de una época en la que en Washington todavía no había ni una sola persona que estuviese pensando en la Guerra Fría. En medio de un duelo de artillería en un pueblo del Adriático, Martha Gellhorn traba conversación con algunos soldados de una unidad polaca que está allí luchando contra los alemanes:

«Los soldados se reúnen varias veces al día alrededor del vehículo en el que se encuentra la radio y escuchan todas las noticias

en polaco, da igual de donde procedan. Siguen las noticias sobre la marcha rusa a través de Polonia con un interés doloroso.

Estos soldados tienen un largo camino a sus espaldas desde Polonia hasta aquí. Se autodenominan los Lanceros Cárpatos porque la mayoría de ellos huyó de Polonia a través de los Cárpatos. Llevan ya casi cinco años fuera de su país. Durante tres años y medio, este regimiento de caballería constituido en Siria ha luchado en el Cercano Oriente y en el Desierto Occidental.

El último mes de enero regresaron a través de Italia a Europa, a su propio continente, y fue el cuerpo polaco en el que ese regimiento acorazado luchaba como infantería el que finalmente conquistó en mayo Cassino. En junio comenzaron su gran ofensiva hacia el Adriático y la recompensa, Ancona, que ese regimiento había sido el primero en pisar, quedaba a nuestras espaldas.

Hay un largo camino de vuelta a Polonia, a los grandes Cárpatos, y van conquistando cada kilómetro del camino con la mayor valentía. Pero tal y como están las cosas ahora no saben lo que les espera en casa. Luchan contra un enemigo y luchan magníficamente. Y temen con toda su alma a un aliado que ya ha puesto los pies en su patria. Porque no creen que Rusia libere a su país tras la guerra; temen que en esa guerra les toque el papel de víctimas, tal y como le sucedió a Checoslovaquia en 1938. No podemos olvidar que, independientemente de su rango, su clase o sus circunstancias económicas, casi todos estos hombres han pasado algún tiempo o en una cárcel alemana o en una rusa. No podemos olvidar que desde hace cinco años no saben nada de sus familiares, muchos de los cuales continúan prisioneros en Rusia o en Alemania. Y no podemos olvidar que estos polacos tienen a sus espaldas tan solo 21 años de libertad nacional y un recuerdo largo y doloroso de la dominación extranjera.

Así pues, conversamos sobre Rusia y yo intenté convencerles de que sus temores eran infundados, porque si fuera así no habría paz en ningún lugar del mundo. Les dije que Rusia tendría que ser en la paz tan grande como lo había sido en la guerra y que el mundo tendría que honrar la heroicidad y el sufrimiento de los polacos otorgándoles la libertad de reconstruir su patria para hacerla mejor. Les dije que no podía creer que esta guerra, que se está llevando a

cabo para salvaguardar los derechos humanos, pudiera terminar con el desprecio a los derechos de los polacos. Pero yo no soy polaca; yo procedo de un país grande y libre y hablo con el optimismo de los que están seguros para siempre. Y me acordé del soldado larguirucho y simpático de 22 años que una vez me llevó en *jeep* y me contó con la mayor naturalidad que su padre había muerto de hambre en un campo alemán de prisioneros, que su madre y su hermana llevaban cuatro años desaparecidas en un campo de trabajo en Rusia, que su hermano estaba en paradero desconocido y que él no tenía ningún oficio porque había ingresado en el ejército con 17 años y no había tenido tiempo de aprender a hacer nada. Cuando pensé en aquel muchacho y en todos los que había conocido, todos ellos con sus terribles historias de despojamiento y desarraigo, me pareció que ningún americano tenía derecho a contarles nada a los polacos porque nosotros jamás habíamos visto ni de lejos tales sufrimientos».

La redacción de la revista *Collier's* para la que trabajaba Martha Gellhorn se negó a publicar este relato porque las opiniones proféticas de los polacos sobre la Unión Soviética, el aliado más importante de Estados Unidos, no le encajaban.

No porque aspiren a una mayor objetividad, sino más bien por todo lo contrario, porque se aferran a su perspectiva radicalmente subjetiva, es por lo que los trabajos de los reporteros resultan tan reveladores, también ahí —incluso precisamente ahí— donde son injustos. Entre los costes de la inmediatez se encuentra el que uno, en lugar de «estar por encima de las cosas», se deje contagiar por el entorno.

Más nítidamente aún se hacen notar los nudos neurálgicos en el contexto de los años de posguerra, como por ejemplo la irritación entre ingleses y americanos, la rabia de los vencedores ante la grandiosa insolencia de los napolitanos, pero sobre todo el odio por los alemanes, que en algunos observadores se exacerba hasta convertirse en sed de venganza y en repugnancia. Quien se ha comportado como los alemanes y sigue comportándose así, esto es, sin la más mínima prudencia, no podía esperar de los demás juego limpio... De ello estaban convencidos casi todos los que pertenecían a una de las naciones vencedoras, y no está de más en

absoluto recordar las violentas expresiones de sentimientos de aquellos años.

No es de extrañar que los observadores de países neutrales fueran capaces de juzgar con mayor criterio. Y no es que se pueda adivinar en ellos una simpatía especial por los alemanes; sin embargo, poseen una mayor capacidad que los vencedores para poner en cuestión su propio papel. Así escribe el sueco Stig Dagerman tras una visita a Alemania en otoño de 1946:

«Si uno se atreve a hacer un comentario sobre los sentimientos mezclados con autodesprecio, sobre la amargura frente a los Aliados, sobre la apatía y sobre una tendencia general a la comparación en perjuicio del presente que sin duda azotaron a este visitante durante el triste otoño, no habría que perder de vista algunos acontecimientos concretos y algunas circunstancias físicas. Es importante recordar que algunas de las manifestaciones que traslucían insatisfacción o incluso desconfianza hacia la buena voluntad de las democracias vencedoras no fueron pronunciadas en el vacío o en el escenario de un teatro con repertorio ideológico, sino en sótanos absolutamente chocantes de Essen, Hamburgo o Frankfurt am Main. A la imagen otoñal de una familia confinada en un sótano inundado de agua se une también la figura de un periodista que, balanceándose con sumo cuidado sobre dos tablores colocados en el suelo, está entrevistando a los miembros de la familia sobre sus opiniones acerca de la nueva democracia en Alemania, requiriéndoles acerca de sus esperanzas e ilusiones... y, sobre todo, preguntándoles si a la familia le iba mejor con Hitler. La respuesta que recibe el visitante al respecto tiene como consecuencia que se retire apresuradamente de aquel lugar hediondo con una inclinación de cabeza, lleno de ira, asco y desprecio y tome asiento en el automóvil inglés o en el *jeep* americano que ha alquilado a tal efecto para, media hora después, ponerse a escribir en el bar del hotel donde se aloja la prensa una reflexión sobre el tema “En Alemania el nazismo sigue vivo” mientras se toma un cóctel o un buen vaso de auténtica cerveza alemana».

Cincuenta años tras la catástrofe, Europa se entiende más que nunca como un proyecto común; sin embargo, aún está muy lejos

de haber llevado a cabo un análisis complejo de los «años fundacionales» después de la Segunda Guerra Mundial. El recuerdo de esa época es incompleto y provinciano, si es que no ha caído totalmente en el olvido o en la nostalgia. Y esto no solo tiene que ver con el hecho de que por aquel entonces cada uno estaba pendiente de su propia supervivencia y apenas se ocupaba de lo que estaba sucediendo a su alrededor; también está relacionado con el hecho de que no nos gusta hablar de los muertos que tenemos en los armarios. Mejor volvamos el rostro al futuro brillante del Mercado Común y a la apertura del este de Europa en lugar de pensar en esos tiempos deplorables en los que nadie hubiera dado ni un centavo por el renacimiento de nuestra península: este parece ser el consenso general. Una estrategia bastante funesta porque en retrospectiva se pone claramente de manifiesto que entre los años de 1944 a 1948, sin que los actores se dieran cuenta, se estaban sembrando las semillas no solo de los éxitos futuros, sino también de los conflictos futuros.

Una bomba es una bomba, el edema de inanición no distingue entre el blanco y el negro, lo justo o lo injusto, pero ni el poder destructivo de las fuerzas aéreas ni las miserias de la posguerra pudieron homogeneizar Europa y eliminar sus diferencias. Lo que en aquel momento no se podía apreciar en la tierra quemada resultó tener luego, sin embargo, numerosas consecuencias: la tenaz capacidad de supervivencia de las estructuras inmateriales que, por así decirlo, habían estado hibernando en las cabezas de los seres humanos. Las sociedades europeas semejan ciudades destruidas de las cuales se habían conservado planos detallados y páginas del catastro; sus invisibles esquemas de conexiones y planos de redes sobrevivieron a la catástrofe y hay que decir que en toda su multiplicidad. La diferencia de tradiciones, capacidades y mentalidades ya se hizo patente en sus primeros movimientos. Igualmente variados fueron los intentos de reanimación.

Norman Lewis escribe sobre el Nápoles del año 1944:

«Es sorprendente ver cómo esta ciudad devastada, hambrienta, despojada de todas sus condiciones de vida, lucha por acomodarse

tras el colapso a unas circunstancias que semejan las de la temprana Edad Media. Como beduinos, los napolitanos acampan entre las ruinas. Hay poco que comer, poca agua, no hay sal ni jabón. Muchos napolitanos han perdido en los bombardeos sus posesiones, entre ellas la mayor parte de sus vestidos. En las calles he visto vestimentas estrafalarias: un hombre con un viejo esmoquin, pantalones bombacho y botas de soldado, o mujeres con vestidos de encaje que obviamente están hechos con cortinas. No hay coches, pero sí cientos de carros y algunos landós anticuados tirados por famélicos caballos. Hoy me detuve en Posilippo para contemplar el metódico desmontaje de un semioruga alemán atascado a manos de un grupo de jóvenes que lo rodeaban como hormigas y se llevaban piezas de metal de todo tipo y tamaño. No muy lejos de allí se veía a una señora bien ataviada, con un sombrero de plumas, ordeñando en cuclillas una cabra. Un poco más abajo, en el muelle del puerto, dos pescadores estaban atando con una cuerda varias puertas rescatadas de las ruinas para colocar encima de ellas con gran esfuerzo su motor y salir a pescar. Incomprensiblemente, está prohibido que los barcos de pesca se hagan a la mar, pero la ordenanza no dice nada sobre balsas. Así que cada cual improvisa y se adapta a las circunstancias».

Esta actitud se ha conservado hasta el día de hoy como un rasgo característico de la población del sur de Italia: una inventiva que sabe sacarle partido a cada vacío legal, un parasitismo de energía casi heroica y una incansable disposición para sacar provecho en cierta medida de un mundo hostil. Más o menos en la misma época, las prioridades de los franceses eran muy otras, tal y como se puede ver reflejado en el siguiente testimonio de A.J. Liebling:

«Cuando los liberadores llegaron en la ciudad solo quedaban los víveres más indispensables para sobrevivir dos semanas más, y aunque las oficinas americana y francesa han estado enviando alimentos ininterrumpidamente a la ciudad, no hay lo suficiente ni en los hogares ni en los restaurantes para recuperar la buena cocina. Tan solo existen algunos pequeños restaurantes en el mercado negro. Un *petit salé* (un tipo de guiso), una pera y media

botella de Burdeos cuestan 700 francos. Y ese es el precio más económico. Recordemos que 700 francos son 14 dólares. Una libra de mantequilla cuesta 400 francos. Como en Normandía, Bretaña y Anjou hay grandes cantidades de mantequilla, carne y verduras a más o menos una octava parte del precio de París, y como traerlos es tan solo un problema de transporte, el mercado negro tiene los días contados. Estos alimentos están solamente a una distancia de entre 50 y 150 kilómetros, así que el problema debería verse solucionado en breve. Un par de zapatos decentes de cuero cuesta 100 dólares, un traje de caballero 300, y una máquina de escribir portátil 560. Al francés que quiera adquirir alguna de estas cosas le daría el buen consejo de esperar aún un par de semanas. Porque una situación tan catastrófica tan solo puede darse bajo el dominio de los alemanes; son capaces de arrebatarle a un país todo, excepto el honor, la belleza y el buen gusto».

Ciertamente en tales descripciones se reflejan también los prejuicios e *idées reçues* del observador correspondiente. Pero una interpretación tal pasa por alto el verdadero núcleo de la cuestión. Esto se pone de manifiesto de una manera especialmente nítida en el siguiente reportaje de John Gunther. Contradice todos los clichés que en aquella época circulaban sobre los polacos:

«Este embate concentrado de simple y absurdo afán de destrucción ha convertido a Varsovia en una Pompeya. Un polaco me decía con gesto grave: “Quizás hayan sobrevivido algunos gatos, pero seguro que ningún perro”. Tras la liberación en la primavera de 1945 el gobierno polaco tomó la valiente determinación de reconstruir el país. Fue un paso hercúleo.

Todos los polacos con los que hablaba estaban animados por una esperanza desbordante. “¿Ve usted esto?” Un ministro del gabinete señalaba algo que parecía un sumidero destruido. “En 20 años se alzarán aquí nuestros Campos Eliseos”.

Especialmente impresionante resulta la reconstrucción del casco antiguo, que casi ha quedado tan devastado como el Gueto. El hotel Angelski, en el que se alojaba Napoleón, ha quedado reducido a un montón de piedras. Los sillares viejos son utilizados en la reconstrucción, lo cual produce un curioso efecto de parcheado.

Cientos de edificios están reconstruidos solo a medias. En cuanto hay un pequeño espacio habitable la gente lo ocupa.

Una gran parte de esta impetuosa reconstrucción tiene lugar gracias al trabajo voluntario y es llevada a cabo con las manos desnudas. Incluso los ministros del Gabinete salen a la calle y se ponen a trabajar los domingos. En toda Varsovia no hay más de dos o tres hormigoneras y tres o cuatro montacargas eléctricos; ¡la ciudad no cuenta ni con un *bulldozer*! Allá va una cuadrilla de hombres que trepa a un muro, clava en el ladrillo más alto un gancho de hierro atado al extremo de una cuerda, baja de nuevo y comienzan a tirar con fuerza de ella. ¡Listo! El muro se desploma. Y después los ladrillos medio rotos son reutilizados para las nuevas construcciones. No disponen de tiempo para construir un muro de la manera habitual.

Tras la destrucción probablemente más devastadora llevada nunca a cabo a manos del ser humano, esta ciudad reducida a cenizas se convierte en una metrópolis nueva, rebosante de vida y ajetreada. Ladrillo a ladrillo, minuto a minuto, mano a mano. Gracias a toda la energía y la fantasía creadoras de un pueblo extraordinariamente dotado y trabajador, Varsovia despierta a una nueva vida».

Unos sentimientos bien distintos son los que experimenta un visitante que contempla, durante un viaje por el sur de Alemania, los comienzos de la reconstrucción alemana. Apenas se podrá afirmar que las reflexiones que hizo por aquel entonces Alfred Döblin hayan perdido con el pasar de los decenios su plausibilidad:

«Una fuerte impresión que provoca en el visitante de este país a finales de 1945 la mayor de las sorpresas es que aquí las gentes corren de un lado para otro como hormigas en un hormiguero destruido, alteradas y afanosas entre las ruinas y que su verdadera preocupación es que no pueden poner manos a la obra inmediatamente por falta de material, por falta de directivas.

La destrucción no les provoca un efecto deprimente sino que les sirve de potente estímulo para ponerse a trabajar. Estoy convencido de ello: si tuvieran los medios que les faltan, mañana gritarían de júbilo, solo de júbilo porque han destruido sus pueblos

viejos, rancios, mal trazados y se les ha dado la posibilidad de poner en pie algo de primera clase acorde a los tiempos.

El gentío en una ciudad populosa como Stuttgart. Con una población acrecentada por la llegada de refugiados de otras ciudades y regiones, los habitantes se movían por la calle, entre las terribles ruinas, como si en realidad no hubiera ocurrido nada y como si la ciudad siempre hubiera tenido ese aspecto. En cualquier caso la visión de los edificios destruidos no parece causarles ningún efecto.

Y si uno cree o ha creído en el pasado que la desgracia en su propia tierra y la visión de una devastación tal podría empujar a los seres humanos a la reflexión y tendría un efecto didáctico en materia de política sobre ellos... puede convencerse: está equivocado. Me muestran determinados conjuntos de edificios y hacen la siguiente constatación: estos fueron destruidos por tal bombardeo y estos por aquel otro, y añaden ciertos episodios. Y eso es todo. No prosiguen con ningún comentario especial, y desde luego no se producen ulteriores reflexiones. Se dirigen al trabajo y hacen cola en todas partes para conseguir víveres.

Ya surgen por aquí y por allá teatros, conciertos y cines, y por lo que yo sé cuentan con muchos espectadores. Los tranvías eléctricos funcionan llenos hasta los topes como en todas partes. La gente es práctica y se las apaña. Se ocupa del hoy y del mañana de una manera que ya intranquiliza a las personas reflexivas.

Aquí vive sin grandes cambios un pueblo trabajador, decente. Han obedecido como siempre a un gobierno, en los últimos tiempos a Hitler, y en general no comprenden por qué esta vez obedecer ha sido tan malo. Será mucho más fácil reconstruir sus ciudades que conseguir que se den cuenta de lo que les ha sucedido y que comprendan cómo sucedió».

Se puede pensar que es injusto hacer un juicio tan desabrido sobre las tareas de reconstrucción de los ciudadanos de Stuttgart en comparación con las alabanzas que se dedican a los de Varsovia. Pero uno no logra comprender la enigmática energía de los alemanes cuando se resiste a la idea de que han hecho de su defecto una virtud. La inconsciencia era la condición para su éxito.

La perversidad de esta correlación se desprende del siguiente informe del oficial del servicio secreto americano Robert Thompson Pell, que en la primavera de 1945 se enfrentó a la tarea de investigar la actividad de los directores de la IG Farbenindustrie⁷ durante el Tercer Reich.

«En general me dio la impresión de que los directivos alemanes habían pasado a resignarse ante lo inevitable... si bien tan solo de modo limitado. Entretanto nos golpean en nuestros puntos débiles, nos ponen a prueba a la menor ocasión, intentan esclarecer si vamos en serio cuando damos un puñetazo en la mesa y oponen resistencia hasta donde se atreven. Nos dicen casi abiertamente que nosotros mismos no solucionaremos esta situación y al final tendremos que acudir a ellos. Confían en que cometamos tantos errores que sea inevitable que ellos tomen el mando de nuevo. Y mientras tanto quieren aguardar y contemplar cómo echamos todo a perder. Además, se sirven del *rote Gefahr*⁸ a la menor ocasión.

Por ejemplo: los directores a los que recogí con mi *jeep* en las afueras de la ciudad ardían en deseos de decirme que el pueblo alemán había sido víctima de una conspiración universal que tenía como objetivo dejar aquel hermoso país en manos de poderes ocultos; que Alemania había llevado a cabo una guerra defensiva; que el «terror de las bombas aliadas» había unido al pueblo alemán, no había supuesto ninguna ventaja militar y había constituido un grave error; que ellos eran los verdaderos defensores de la civilización occidental contra las “hordas asiáticas”, etc.

⁷ IG Farbenindustrie AG fue un conglomerado alemán de compañías químicas fundado en 1925. Inicialmente, muchas de estas compañías producían colorantes (Farben), pero pronto comenzaron a investigar otras áreas de la química. En la Alemania nazi produjeron el gas *Zyklon B*, con el que fueron ejecutados millones de judíos, gitanos y soviéticos. Tuvieron su propio campo de concentración, en el que murieron unas 30.000 personas que habían sido utilizadas como esclavos en los procesos de fabricación. Una vez terminada la Segunda Guerra Mundial, las naciones aliadas, durante los Juicios de Núremberg, ordenaron desmembrar el consorcio. De los 24 directores de IG Farben acusados en el denominado Juicio IG Farben (1947-1948), 13 fueron sentenciados a entre uno y ocho años de prisión.

⁸ El «Peligro rojo», la amenaza soviética y comunista que empujó a muchos alemanes a votar a Hitler.

En resumen, en el país reinaba el caos y entre la gente una histeria que pronto se transformó en una actitud obstinada y en una sensación de estar siendo tratados injustamente que ni siquiera se vio enturbiada por el más mínimo rastro de remordimiento. La mayoría de estos hombres que gozaban de un alto, en algunos casos altísimo reconocimiento social, estaban dispuestos a reconocer que Alemania había perdido la guerra, pero se apresuraban a añadir que la razón de esa derrota era la superioridad de los Aliados en cuanto a poder y material; e inmediatamente añadían que en el futuro se esforzarían por ponerse a su altura. La impresión general era, en pocas palabras, inquietante. En la medida en que yo mismo pude comprobarlo, la actitud de casi todos los directivos estaba teñida de autocompasión, justificación servil y un sentimiento de haber sido ofendidos en su inocencia, todo ello acompañado por un lastimoso ruego de compasión y de ayuda para reconstruir su devastado país. Muchos de ellos, si no la mayoría, esperan confiados que el capital americano los contrate de inmediato para las tareas de reconstrucción y se declaran dispuestos a poner su fuerza de trabajo y sus conocimientos al servicio de esos patrones provisionales; de todo esto esperan sin ningún disimulo reconstruir una Alemania más poderosa y grande de lo que era en el pasado».

La ironía de esta historia, o mejor dicho, su sarcasmo ha conducido a que esas fantasías del año 1945 se hayan convertido en realidad en cierta medida. El hecho de que los vencidos de aquel entonces, los alemanes y los japoneses, se sientan hoy en día como los vencedores es más que un escándalo moral; es una insolencia política. Naturalmente nuestros dirigentes no se cansan de proclamar que entre tanto todos somos pacíficos, democráticos y civiles, en una palabra, dóciles, y lo más curioso de esta afirmación es que es cierta. Esta mutación es lo que ha convertido a los alemanes en eso que ellos reprochaban a otros: una nación de mercachifles. Y de ninguna manera son los únicos. Todas las naciones de Occidente luchan entre sí con diversa fortuna para imitarles, y desde el fin del monopolio político del comunismo parece haberse impuesto también en el este del continente

la primacía de la economía; tan solo a los pueblos de la Unión Soviética parecen serles ajenos todavía el pensamiento y la acción económica. Algo está claro 50 años después de la Segunda Guerra Mundial: se ha malogrado no solo el suicidio de Alemania sino el de toda Europa. Pero cuanto más se sitúe de nuevo nuestra península en el centro de la política mundial y del mercado global, más terreno ganará un eurocentrismo de nuevo cuño. Ya comienza a aparecer en el discurso un eslogan cuyo *copyright* solo puede atribuirse el mismísimo Joseph Goebbels: la expresión «Fortaleza Europa».⁹ Lo que por aquel entonces tenía un significado militar, retorna como concepto económico y demográfico. Bajo estas circunstancias, una Europa en pleno *boom* hará bien en recordar una Europa en ruinas de la que apenas nos separan unos decenios.

H.M.E.

⁹ «Fortaleza Europa» es una expresión que se refiere a un mercado europeo único, liberalizado internamente pero proteccionista frente al mundo exterior. Es muy utilizada de forma crítica por los periodistas en el sentido de que Europa sigue una política de aislamiento económico y demográfico frente a terceros países. En la Segunda Guerra Mundial fue utilizada por el aparato propagandístico de Goebbels para referirse a los países ocupados por la Alemania nazi.